

Lenta despedida

Inés Dota

Image not found.

Capítulo 1

Lenta despedida

Ya es Domingo por la tarde, he pasado todo el fin de semana con ellos. Hemos comido, reído y fumado juntos. No suelo ir muy a menudo pero llevo dos semanas pasando el fin de semana con Rodrigo, Manuel y Paula. No sé cuál morirá primero, ¡quién sabe puede que sea yo! Pero las probabilidades de supervivencia son mucho más altas en mi caso. Me encana estar con ellos, aunque tenemos nuestras diferencias, nos entendemos muy bien. Quizá entendernos no sea la palabra adecuada porque yo, aunque lo intento, a veces no consigo comprender porque actúan de la forma que lo hacen. Da igual que estemos de acuerdo o no, siempre hacemos lo que podemos cuando uno de nosotros lo necesita. Hasta el final estaremos juntos.

Es una sensación muy extraña, contradictoria. Disfruto mucho de su compañía pero las horas compartidas con ellos me provocan sentimientos muy intensos, opuestos a su vez. En algunas ocasiones me despido de ellos y me siento tan afortunada por estar bien que nada más me importa, siento que puedo con todo. Pero en otros momentos, salgo por la puerta sintiendo que tengo el alma rota. Que lo han perdido todo y nada bueno les augura. Tan jóvenes y desgraciados.

Tengo una idea que me ronda la cabeza, desde hace tiempo. Aparece de forma recurrente y me roba la alegría. Se trata de una predicción sobre el futuro. No porque yo sea adivina si no porque tengo la certeza de que cuando llegue el detonante final todo se acabará. No lo soportarán, al menos, Manuel terminará con su desgracia. No estoy tan segura acerca de Paula, ella es madre y no se quién será el ganador de la gran batalla; la depresión o el amor. Respecto a Rodrigo, quién sabe, lo suyo es diferente aunque tampoco creo que su historia termine mejor que la de los otros dos.

Manuel hace años que no sale de casa, no tiene amigos, ahora ya no. Desde que sus movimientos dejaron de responder a su cerebro se encerró y creó su propio mundo. Ese mundo es algo turbio, oscuro y sabio. Se arrastra por las paredes y actúa como equilibrista cuando intenta alcanzar con su mano la silla para poder desplazarse hasta la mesa. Tiene el cerebelo atrofiado, sufre una enfermedad degenerativa. Su coordinación es cada día peor. Ya no puede escribir, apenas puede andar e incluso tiene problemas para vocalizar. Durante diez años Manuel ha estado degenerándose, a veces me pregunto si ahora lo hace más rápido o ya está tan limitado que cualquier limitación añadida resulta muy notable. Paula sufre la misma enfermedad. Ella es muy guapa, igual que Manuel, cuando era más joven solía tener una larga lista de chicos dispuestos a enamorarla. No obstante, ella siempre elegía a los más feos y gilipollas. Ahora sigue llamando la atención cuando pasea por la calle, incluso más que cuando tenía 18 años. Pero no es por su asombrosa belleza más bien por su tambaleo al caminar. No acierta a poner un pie delante del otro, por más que se esfuerce no puede lograr caminar sola. Sale uno de cada

20 días cuando alguien se ofrece a pasear con ella. Pasa las horas leyendo libros en su casa, es de las pocas cosas que todavía puede hacer sola. Paula nunca antes había leído un libro en su vida, su lectura más larga había sido una revista de 80 páginas.

Hoy Manu y yo hemos estado en la playa con Paula, su marido y su hijo Yago. Definitivamente Yago es el niño de mis ojos, tan joven y con tanta vida por delante que me apena que tenga que vivir en un entorno de mierda. Pero hoy no voy a hablar de Yago, el merece unas historias más bonitas que las que hoy cuento. Paula hacia años que no iba a la playa, nadie la se había preocupado de llevarla. Sí he dicho que tiene un marido, pero éste sólo está con ella por pena y por el que dirán cuando los vecinos sepan que ha abandonado a su pobre mujer desvalida.

Aunque Paula no pueda hacer muchas cosas yo sé que con un poco de ayuda puede hacer casi lo mismo que pudiera hacer yo misma. Estábamos junto al coche, yo acabada de ayuda a Paula a salir y ella ya estaba enganchada a mi brazo como si de una extensión de su cuerpo se tratara.

– Ir por ahí que ella no puede bajar por la cuesta hasta la pineda. – nos indica su devoto marido. Susurrándole al oído, aseguro a Paula que bailando un tango si puede bajar por la cuesta. – Ellos no saben de lo que eres capaz princesa, no confían en ti. Yo sí, sé que puedes hacerlo.

He acompañado tantas veces a Paula que sé perfectamente como sujetarla para que no caiga. Cuando nos encontramos con obstáculos, me agarra de la cintura y unimos nuestras manos. Nos deslizamos abruptamente por los senderos a ritmo de tango. Llegamos a la pineda orgullosas. – Si tienes que caerte, hazlo, pero no delante de él.

Más tarde fuimos al agua. El sol era tan intenso que la baja temperatura del agua aliviaba el ardor de nuestra piel. Al principio, entramos con nuestros brazos entrelazados. Desde la última vez que estuve con ella en la playa su condición ha cambiado mucho. De repente, oigo: - ¡Suéltame! Me asombro tanto aquella petición que no atiné a entenderla. - ¿Estás segura? – Su mirada me respondió. Si ese era su deseo no iba a ser yo quién se lo frustrara. En cuanto la solté cayó en redondo, Paula a sus 38 años es incapaz de aguantarse de pie sin ningún apoyo.

Hacía mucho tiempo que no veía la felicidad reflejada en el rostro de alguien como hoy en la cara de esa princesa destrozada. Pataleaba y movía sus brazos descontroladamente. No podía desdibujar esa sonrisa maravillosa de su boquita. Era muy gracioso pues no podía avanzar hacía delante, la inercia sólo le permitía realizar movimiento hacia atrás.

¡Me siento normal Inés! ¡Parece como si nunca hubiera estado enferma! No dejaba de disfrutar ni un solo momento esa alegría que transmitía. No ha sido un buen día para mí. He estado toda la mañana de mal humor, incluso con Yago. Pero cuando he visto a Paula chapotear como una niña se me ha olvidado todo. Ella era feliz, algo poco habitual en su día a día. Embargaría los océanos del mundo entero para regalárselos a ella si no fuera porque soy una persona demasiado egoísta incapaz de sacrificar mi vida por la de alguien que sí lo haría por la mía.

El caso de Rodrigo es diferente, su enfermedad no es visible en su cuerpo. Se mueve con agilidad y garbo. Su problema, su mayor enemigo es su

mente. Desde muy pequeño ha sufrido esquizofrenia. Antes de que los médico se la detectaran pensábamos que estaba loco, era una persona encantadora los días pares y una persona extremadamente violenta los impares. Hemos estado sometidos a maltratos físicos y psíquicos durante años. No entendíamos como una persona que nos amaba tanto nos podía hacer tanto daño. Recuerdo sus continuas entradas y salidas de centros de menores, más tarde sustituyó estas estancias entre adolescentes para compartir horas muertas entre presos. Son innumerables las conversaciones que hemos mantenido a través de un cristal. Hace unos años, su psiquiatra encontró la medicación adecuada para él. Durante mucho tiempo pensamos que su parte oscura había sido encerrada bajo llave en algún lugar de su mente. Era un chico amable, cariñoso y atento. No se molestaba fácilmente y empatizaba sin dificultad. Lamentablemente eso está cambiando.

Mi querido Rodrigo no ha hecho una buena elección escogiendo a Rosa como pareja. Podría escribir una trilogía únicamente sobre ellos dos. Rosa, apenas un año mayor que yo, ha sido madre dos veces: aunque sus hijos actualmente están custodiados por el gobierno, pues ella prefería dejarlos solos en casa y salir al bar a emborracharse. Además de alcohólica ha sido prostituta. Y Rodrigo su proxeneta. No sé exactamente que enfermedades mentales padece pero es evidente que algo falla en su mente.

No sé como sentirme respecto a ella. No me gusta, no la quiero al lado de Rodrigo. Pero por otro lado siento lástima por ella. Nunca nadie la ha querido, siempre la han tratado como si no fuera merecedora de ser amada. Siempre, desde bien pequeña, ahora ya no hay muchas esperanzas para Rosa.

Rodrigo y Rosa viven en el coche. Rosa no tiene elección, él sí. No soy la única que le he ofrecido mi casa pero sólo a él. Nunca jamás la invitaría a ella a vivir conmigo. Ni por todos los tesoros de este mundo. Ninguno de los dos trabaja, cuando cobran la pensión se la gastan en nimiedades, son incapaces de ver con perspectiva. Desde que se mudaron al vehículo, Rodrigo ha cambiado. Está más irritable y amargado. En cuestión de meses ha adelgazado más de 10kg. Se comporta de forma inestable, no hace mucho amenazó a su padre, él adora a su padre, probablemente es el hijo que más le quiere, sin embargo, no le tembló el pulso cuando acercó ese cuchillo al cuello de su progenitor.

Cuando se vio obligado a mudarse al coche con Rosa, mantuve una conversación con él. Le pedí por favor que se viniera conmigo, que probará de vivir en mi casa. Quizá un cambio de aires le proporcionaba una oportunidad. Sin pensarlo le espeté: - Rodrigo si sigues con ella tienes dos finales, a los cuáles no podrás escapar, y ninguno de ellos es alentador: cárcel o muerte.

Recuerdo aquella noche fría y oscura, tradicionales en Inglaterra, cuando mi tío vino a visitarme. Estábamos fumando en mi habitación, yo ya había desconectado con el mundo real para viajar por mi subconsciente, cuando de repente me soltó: - Tus hermanos estarían mejor muertos. Realmente adoro a ese hombre pero cuando escuché sus palabras sentí odio. Odio

por abrirme los ojos. Por hacerme recordar todo el dolor que me esperaba en mi país.

– Prefiero que mis hermanos sufran a que estén muertos.

Eso lo dices porque piensas de forma egoísta, no estás pensando en ellos sino en ti.

Joder, desde aquella noche no he dejado de darle vueltas. Ahora tras mucha reflexión estoy segura de que cuando llegue el momento que ya no puedan caminar se suicidarán. Eso si antes no se han caído en casa estando solos sin nadie que pueda socorrerlos y no han sobrevivido al golpe. Espero la llamada de mi madre, comunicándome entre sollozos que han encontrado a Manuel o Paula muertos. O diciendo que Rodrigo ha asesinado a hecho daño a alguien y le han impuesto una larga condena. Y yo sigo aquí, escribiendo y sintiéndome triste. Me he convertido en una espectadora de la desgracia.

Manuel cree en la reencarnación, yo sé que no existe, pero nunca se lo confesaré.